

Dilemas y alternativas de la izquierda en Europa

La socialdemocracia europea se encuentra emplazada ante momentos difíciles, que tienen que ver con la asunción de políticas y proyectos, sobre todo en la esfera económica, que a veces no se diferencian lo suficiente de los que defiende la derecha neoliberal. Como consecuencia de ello están apareciendo formaciones populistas y otras opciones políticas que están ocupando ese espacio político, dando lugar a la consiguiente fragmentación electoral, que posibilita que continúen gobernando los conservadores. Por eso, se necesitan alternativas y propuestas que prioricen los problemas y las necesidades sobre otros criterios economicistas, y que la política se perciba como un instrumento para recuperar una Europa social con valores de redistribución solidaria de la riqueza. La cuestión está en si las distintas izquierdas europeas van a ser capaces de entenderse para poder conformar una alternativa a una derecha neoliberal cada vez más radicalizada e insensibilizada socialmente. Expertos y responsables políticos y sindicales abordan este debate en Temas Candentes.

1. ¿Cuáles son en su opinión los principales problemas y retos que tiene en estos momentos la izquierda en Europa?
2. ¿Considera que los problemas que tiene la izquierda europea en estos momentos tienen que ver más con falta de liderazgos claros o más bien son derivados de la incapacidad para plantear propuestas alternativas a las políticas de la derecha?
3. A su juicio, ¿cuál cree que es la clave para que las izquierdas europeas vuelvan a ser atractivas para una mayoría amplia de ciudadanos?
4. ¿Considera que la socialdemocracia europea puede volver a recuperar el espacio perdido? ¿Cómo?
5. ¿Cree que son factibles –y/o necesarios– en Europa alianzas de distintos partidos de izquierdas, para poder frenar las políticas neoliberales y reconstruir la Europa social?

César Luena

Diputado del PSOE



1. La izquierda europea, los partidos socialdemócratas, tiene un doble problema de confianza y credibilidad. Las causas son de sobra conocidas, enraizadas en la crisis y su respuesta, y en el déficit claro de

adaptación (o inadaptación) no ya sólo a unos nuevos problemas, sino a una sociedad completamente distinta a la de hace tan solo dos o tres décadas.

Por tanto, el reto es de adaptación, y eso conlleva al menos afrontar tres tareas inaplazables: renovación de dirigentes, un proyecto común básico con compromisos concretos en materia económica, social

y educativa preferentemente y una puesta a punto de las estructuras y funcionamiento de los partidos.

2. Es un problema de liderazgo europeo. Ningún líder nacional asume en la izquierda la necesidad de ejercer ese liderazgo en una dinámica continental. Líderes hay, pero no en clave europea.

Pero también de oferta política que cuente con el "derecho a ser escuchada". Está claro que los programas y compromisos adoptados en los distintos Consejos Europeos, contrarios a las políticas de la Administración Obama, eran erróneos, agravaron las crisis y distanciaron a la izquierda socialdemócrata de sus bases electorales más fieles, y quebraron la conexión con las generaciones de jóvenes que se plantaron ante el colapso del futuro.

El populismo sólo será frenado a través de la recuperación electoral de la socialdemocracia. Para ello hay que iniciar un proceso de reconciliación con la izquierda, entendida en términos de mayoría social de progreso, reformista se puede decir también, que opere en ámbitos nacionales con políticas sociales fuertes.

3. La adaptación plena a este tiempo. De liderazgos, propuestas y funcionamiento. Soy de los convencidos de que el populismo sólo va a ser frenado a través de la recuperación electoral de la socialdemocracia. Para ello hay que iniciar un proceso de reconciliación con la izquierda, entendida en términos de mayoría social de progreso, reformista se puede decir también, que opere en las políticas nacionales con políticas sociales fuertes, y que en el plano europeo asegure unas políticas de crecimiento y de solidaridad (ahí vemos el problema de los refugiados) de una dimensión muy importante. No basta con reconocer errores, porque el diagnóstico está de sobra repasado. Nuevos liderazgos, quizá guiados por

Renzi, con voluntad de marcar un ritmo europeo, deben asumir la iniciativa, con los retos de la reconciliación y la adaptación.

4. Sin duda lo hará. Por una razón fundamental. La segmentación social que tan bien explican las ciencias sociales, así como la tendencia a la precarización de las condiciones de vida y también la dualización creciente, lejos de mostrarnos una tipología numerosa de intereses y de necesidades sociales, concentra, desde distintas posiciones "de clase", un requerimiento generalizado en torno a una serie de demandas políticas, económicas y sociales que desembocan, obligadamente, en un proyecto que suministre garantías, reformas, oportunidades, limpieza y justicia social. El impacto fortuito de los populismos rellena el hueco de la protesta y de la ira, pero desfallece cuando, pasado no mucho tiempo, es requerido para cumplir los objetivos que se pretenden.

Un nivel de experiencia y de compromiso ético vendrá dado desde la socialdemocracia.

5. A escala nacional cada país tiene su historia y sus posibilidades futuras. El modelo español en su momento o el italiano en la actualidad, muy distintos, aportaron mayorías sociales y electorales claras. La clave es compactar lo existente hoy a escala nacional en la escala europea, no interestatal o de simple colaboración, sino con verdadera dimensión europea, con influencia decisiva en el Consejo, en la Comisión y en el Parlamento, con mando en plaza en la toma de decisiones.

Por otro lado, los partidos socialdemócratas tenemos un reto muy definido en el sentido de la pregunta. Los nuevos espacios de participación y movilización social trabajan no ya al margen de los partidos de izquierda, sino en clara competición. No todos ellos, yo diría que ni siquiera la mayoría, están únicamente dispuestos a trabajar con ciertos partidos o agrupaciones electorales. La izquierda socialista debe mirar ahí, a la sociedad y su expresión articulada. Ese sería un primer paso indispensable para la adaptación antes señalada.

Ignacio Fernández Toxo

Secretario General de CC.OO.

1. Me parecen muy acertadas las palabras de Mark Blyth cuando en su libro *Austeridad. Historia de una idea peligrosa* dice que: "el centro-izquierda de toda

Europa no sólo ha aceptado, sino que en muchos casos ha apoyado activamente unas políticas que no han hecho más que perjudicar a su supuesto núcleo de

votantes". La socialdemocracia olvidó un elemento básico de lo que era su agenda política, el que todos los ciudadanos debían participar de la prosperidad económica mediante fuertes políticas redistributivas.

Por eso, si no se establecen frenos democráticos a los procesos de acumulación de capital privado, y de concentración de poder político que ello conlleva, es imposible hacer frente a la mercantilización de cada vez más parcelas de la vida, a la creciente desigualdad social, a la privatización de la política.

La pérdida de peso político de los partidos socialistas en la mayor parte de los países europeos hace imprescindible que las nuevas mayorías de izquierda se conformen en alianza con los partidos emergentes de izquierda.

Durante los años noventa gran parte de los líderes laboristas, la llamada Tercera Vía, llegaron a la conclusión de que la globalización financiera forzaba a los Estados a seguir políticas económicas similares y se sometieron acriticamente a los postulados neoliberales, a la pérdida de soberanía democrática. Este comportamiento se puede catalogar de "indefensión aprendida", y se produce cuando una persona o un grupo social asume que no se puede hacer nada para cambiar el estado de las cosas y es incapaz de responder a pesar de que existan oportunidades reales de cambiar la situación que le perjudica, se autolimitan los objetivos a limar las "aristas" más vivas del neoliberalismo, renunciando en la práctica a un proyecto alternativo de organización de la sociedad.

Mientras la prosperidad económica fue la tónica generalizada en los países desarrollados, aunque la desigualdad y la precariedad laboral se incrementaron, las condiciones de vida de la mayor parte de los trabajadores no se vieron afectadas por esa sumisión a la hegemonía neoliberal. Fue la Gran Recesión de 2007 la que puso en evidencia que la socialdemocracia europea, al aceptar las políticas de austeridad fiscal y devaluación salarial propuestas por la derecha alemana, era incapaz de defender los derechos e intereses de quienes debía representar. La izquierda tiene que responder a las preguntas de si en un marco de economía global cabe reeditar el pacto que condujo a la construcción del Modelo Social Europeo, si este es compatible con

el pacto fiscal y la sustitución del trabajo como eje de la organización social por los mercados financieros.



2. Creo más en el liderazgo colectivo, el de las ideas, que en los líderes singulares. Si bien estos surgen alrededor de proyectos. Tras la Segunda Guerra Mundial la socialdemocracia europea lideró la ilusión colectiva de construir una sociedad más justa y más libre poniendo en marcha las políticas de pleno empleo y de construcción del Estado del Bienestar. Eso es lo que permitió que en 1945 el Partido Laborista ganara las elecciones a Churchill en el Reino Unido, que ese mismo año los partidos socialistas y socialdemócratas, que tenían una fuerte imbricación con los sindicatos, accedieran al Gobierno en Dinamarca, Austria, Holanda, Bélgica, Noruega, en 1947 en Francia y en 1948 en Finlandia. Eso permitió que la socialdemocracia ocupara un papel central en la escena política de esos países hasta los años noventa, y casi hegemónico en el caso de los nórdicos. En la actualidad la mayor parte de la socialdemocracia europea ha perdido la capacidad de liderar esa ilusión colectiva.

Ha dilapidado gran parte de su credibilidad al abrirse una enorme brecha entre la retórica de sus programas electorales y lo que hace cuando llega al Gobierno.

3. Cuando un Parlamento emanado de la voluntad popular no puede desarrollar la política que han decidido los ciudadanos se pone en cuestión todo el andamiaje institucional de la democracia. Y la izquierda no puede ser cómplice de ello. La izquierda, para ser considerada como tal por los votantes, debe volver a representar los intereses de los trabajadores, de "los de abajo", del 99% de la sociedad, da igual que palabras quieran usarse.

En todo caso, la necesaria recuperación de la soberanía democrática perdida sobre la política económica no pasa por una vuelta atrás en el proceso de construcción europea. En un entorno de globalización financiera la soberanía democrática se recupera mediante la creación de "macrodemocracias" que superen el marco y el tamaño del Estado-nación europeo, que permitan políticas keynesianas en un espacio económico y político mayor; el Gobierno de Obama incrementó el gasto público hasta el 42% del PIB en 2009. En EE.UU. el presupuesto

Federal del Gobierno supone cerca del 20% del PIB estadounidense, mientras que el magro presupuesto de la UE apenas representa el 1% del PIB europeo.

Es necesaria una profundización del proceso de construcción europea que supere la visión que la derecha ha impuesto de Europa meramente como un mercado único. Ello exige incrementar los instrumentos de solidaridad intraeuropea, un Tesoro Europeo, una Europa Social y un proceso de reestructuración de la deuda pública de aquellos países que más han sufrido las políticas de ajuste fiscal y devaluación salarial que les han empobrecido hasta límites insostenibles. Frente a los grandes bloques económicos y políticos que representan EE.UU. y China, Europa aparece en el escenario internacional como un conjunto de países unidos geográficamente, entrelazados económicamente por reglas e instituciones débiles e imperfectas que no son capaces de mejorar de forma conjunta el bienestar de sus ciudadanos, y dispersos políticamente. Europa es hoy en día un proyecto de unión política, pero no es una unión política, y mucho menos en cuestiones claves de política económica y social que son determinantes para mejorar el bienestar de todos sus ciudadanos.

4. Es difícil hacer predicciones de ese tipo, pero indudablemente dependerá de su capacidad de renovación. Hace tiempo que los partidos socialdemócratas europeos han dejado de ser partidos de masas, en gran medida se han convertido en partidos de electos, lo que ha dificultado su capacidad de percibir las transformaciones que estaban sucediendo en la realidad social. El Partido Laborista parece que tiene una mayor capacidad de repensarse que otros partidos socialdemócratas europeos cuya representatividad política está menguando de forma acelerada, como sucede en Francia, España y Austria. En un escenario político donde la voluntad democrática es quebrantada, donde, como dice Blyth, quienes tradicionalmente se han reclamado defensores de "los de abajo" son incapaces de ofrecer una propuesta de política económica y social diferente de los que defienden los intereses de "los de arriba", no resulta nada extraño que surjan otras formaciones políticas que ocupen su espacio. En este sentido, es mucho más saludable en términos democráticos lo que está sucediendo en España, en Grecia y en Portugal, frente al avance de los partidos racistas y ultraderechistas en Alemania, Austria, Francia, Finlandia o Hungría.

Es importante avanzar en la democratización de la economía, ya que una mayor participación de los

trabajadores en la gestión de las empresas tiene importantes efectos macroeconómicos que superan algunas limitaciones del keynesianismo. Al incrementarse las tasas de reinversión de los beneficios empresariales el empleo aumenta sin que eso lastre el déficit ni la deuda pública, de forma que los Estados están menos expuestos a la presión de los mercados financieros globales.

5. La pérdida de peso político de los partidos socialistas en la mayor parte de los países europeos hace imprescindible que las nuevas mayorías de izquierda se conformen en alianza con los partidos emergentes de izquierda.

Si eso no ocurre el riesgo de un gran período de hegemonía política de la derecha es una realidad cercana, como sucedió en la Italia de los años ochenta. El *pentapartito*, la coalición gobernante en Italia, que estaba formada por Democracia Cristiana, el Partido Socialista, el Partido Socialista Democrático, el Partido Republicano y el Partido Liberal, gobernó desde 1980 a 1992, impidiendo el acceso al poder del Partido Comunista Italiano. Hay que recordar que esa experiencia política acabó enfangada en la corrupción, con el procesamiento de numerosos líderes políticos de esos partidos, como Giulio Andreotti (DC) o Bettino Craxi (PSI). En 2015 el partido socialdemócrata austriaco (SPO) alcanzó un acuerdo de gobierno con el denostado Partido de la Libertad de Austria (FPÖ) en el *lander* de Burgenland que supuso un profundo cambio radical de la política migratoria de la socialdemocracia austriaca.

En un sentido contrario, merece la pena recordar que la hegemonía socialdemócrata en Suecia duró varias décadas gracias a que en 1932, tres años después del *crac* de 1929, se produjo una alianza entre los trabajadores industriales, representados por el Partido Obrero Socialdemócrata Sueco, y el campesinado tradicional que había sido empobrecido por la crisis y que estaba representado por el Partido Agrario.

En este punto, en España hoy, conviene recordar a las formaciones de la izquierda, que pugnan entre ellas por la supremacía en ese campo mientras dejan a la derecha que aparezca ante la ciudadanía como la única alternativa de gobierno, que la teoría del *sorpasso* nació en Italia como expresión de voluntad de superación de la derecha, no de competencia por la hegemonía en el campo de la izquierda.

Pepe Álvarez Suárez

Secretario General de UGT



1. Conectar con las demandas y aspiraciones de los ciudadanos y responder a sus intereses y requerimientos. Las políticas de bienestar social que propició la socialdemocracia después de la Segunda Guerra Mundial, y que le dieron un notable impulso, encuentran ahora grandes dificultades en algunos países de Europa como consecuencia de varios factores: la globalización, la instauración generalizada de políticas neoliberales, los límites que imponen los compromisos en el marco del euro, los cambios en la composición social como consecuencia, precisamente, del éxito de las políticas socialdemócratas, etc. Pero las soluciones simples que proponen los populismos no son tales soluciones. Probablemente, uno de los mayores problemas es convencer a los ciudadanos de que no hay milagros, sino alternativas viables.

2. No considero que exista falta de liderazgo (aunque esto se dice frecuentemente) ni falta de programas alternativos. Lo que tal vez hay es una dificultad real para hacer llegar un mensaje con capacidad de movilizar a los electores, sobre todo, a los jóvenes.

Para volver a ilusionar, la izquierda debe optar por lo que siempre ha defendido: derechos sociales, impuestos, Estado del Bienestar, igualdad y políticas de redistribución de la riqueza. Las organizaciones políticas de izquierda deberían expresar claramente hasta dónde llega su compromiso para abordar seriamente los problemas de los ciudadanos.

José María Zufiaur

Consejero del Comité Económico y Social Europeo, en representación de UGT.

1. El concepto "la izquierda" resulta demasiado genérico me referiré, por tanto, al socialismo/socialdemo-

3. Lo que siempre ha defendido la izquierda: derechos sociales, impuestos, Estado del Bienestar, igualdad, políticas de redistribución de la riqueza.

Las organizaciones políticas de izquierda deberían expresar claramente hasta dónde llega su compromiso para abordar seriamente los problemas de la gente, que tienen que ver con la falta de empleo, con la falta de protección social, con la precariedad de trabajos y salarios que no dan para vivir dignamente, que no generan derechos, que no garantizan pensiones.

Más de un millón y medio de hogares con todos sus miembros en paro, la cobertura de la prestación por desempleo en mínimos históricos, abuso de la contratación temporal y a tiempo parcial, salarios insuficientes son el suma y sigue de una realidad que necesita compromisos políticos claros, que deberían empezar por reconocer el fracaso de las reformas laborales de los últimos años.

La sanidad, la educación, la atención a la dependencia, la protección social, todos los servicios públicos usados y abusados al servicio de objetivos que no les eran propios tienen que volver a ser de los ciudadanos y para los ciudadanos.

Dar respuesta a estas cuestiones desde ópticas de solidaridad y justicia social es la mejor manera de reconectar con la ciudadanía.

4. En las respuestas anteriores he tratado de dar algunas ideas al respecto, que podemos resumir en liderar la recomposición del Estado de Bienestar mediante un nuevo acuerdo social, como propone UGT.

5. No hay la menor duda de que son necesarios. En el caso de España, en las últimas elecciones generales, siete de cada diez votos se dirigieron a formaciones que plantean políticas diferentes a las de la que han soportado del último Gobierno. Ahora bien, si es factible o no es una cuestión bien distinta.

cracia. Aunque otras izquierdas tengan retos y problemas que, en parte, sean iguales o similares.



Entre otros problemas, la izquierda de gobierno en Europa no tiene, sobre todo en el campo económico, una concepción teórica e ideológica sustancialmente diferenciada respecto a la ideología dominante, pese a representar políticas y proyectos diferentes a los de la derecha. De ello hay ejemplos en el Reino Unido, Alemania, Francia, Italia. . . y también en España. Tampoco ha elaborado un análisis, con consecuencias programáticas, respecto a los cambios que implica el capitalismo financiero, ni ha dado espuesta propia y alternativa a la globalización, a la crisis, al proyecto europeo. Y menos de forma conjunta entre los partidos socialdemócratas europeos.

Además, los partidos socialistas se enfrentan, como los democráticos de la derecha, a la desconfianza y a la pérdida de legitimidad. Los partidos son instrumentos esenciales de la democracia representativa, y ésta está fundada sobre la confianza de los gobernados en la capacidad y la voluntad de los gobernantes en poner en práctica su programa. Como ello ha sido banalizado y tratado de enmascarar, en no pocas ocasiones, la democracia de delegación se ha puesto en cuestión.

2. “No hay viento favorable para el barco que no sabe adónde va”. Liderazgos y alternativas muchas veces van unidos, pero sin propuestas alternativas sólidamente concebidas sólo puede haber, seguramente, liderazgos caudillistas.

La izquierda de gobierno en Europa no tiene, sobre todo en el campo económico, una concepción teórica e ideológica sustancialmente diferenciada respecto a la ideología dominante, pese a representar políticas y proyectos diferentes a los de la derecha. De ello hay ejemplos en el Reino Unido, Alemania, Francia, Italia. . . y también en España.

3. Volver a ser útiles para solucionar los problemas centrales de las personas; recuperar un equilibrio en la relación de fuerzas entre capital y trabajo, esencial para evitar el destrozo producido en el reparto primario de la riqueza; recuperar la capacidad de la acción pública para llevar a cabo una política redistributiva, minada por las políticas neoliberales de discurso y, sobre todo, de recursos; rescatar la primacía

de la democracia sobre el capital, financiarizado y desterritorializado; volver a hacer de la política un compromiso, basado en la ética y en una alianza estratégica con los sindicatos y los movimientos sociales.

En síntesis, tener el valor de defender un programa propio, aunque choque con lo “políticamente correcto”. En 1985, junto con Nicolás Redondo, tuve la ocasión de estar con Olof Palme en Estocolmo. Acababa de ganar las elecciones y nos dijo: “estoy muy contento por haber ganado estas elecciones, pero, sobre todo, estoy contento por haberlas ganado con nuestro programa”.

4. La cuestión es: ¿cuál es ahora ese espacio perdido? Estamos en un contexto en el que el “modelo keynesiano” o “contrato socialdemócrata” ha sido gravemente dañado; la socialdemocracia, y también los partidos de la derecha democrática, pierde terreno en favor de partidos “populistas”, nacionalistas y de extrema derecha. Las reformas emprendidas en los últimos decenios han tenido por objeto reducir los gastos públicos y las “cargas sociales”, trasladar al sector privado sectores enteros de la protección social y forzar a los trabajadores a aceptar cualquier tipo de empleo.

El derecho del trabajo ha sido desnaturalizado, el trabajo está precarizado y los sindicatos debilitados. Vivimos en un mundo interconectado y caracterizado por la desigualdad y la relación entre oligarquía capitalista, dominada por los grandes bancos sistémicos, y democracia ha sido radicalmente desplazada, en favor de la primera, con la globalización económica. Llevamos más de tres decenios con un descenso sostenido de la tasa de crecimiento económico —más con la crisis— y un incremento espectacular, igualmente persistente, de la deuda en los principales países capitalistas. Ello coincide con el incremento de las desigualdades, tanto de rentas como de patrimonios. Y estas tres tendencias se retroalimentan, precisamente cuando es insoslayable un cambio de modelo productivo como consecuencia de los desafíos ecológicos.

¿Hay respuesta para tanta pregunta? En este nuevo contexto, parece difícil “recuperar”, habrá que pensar en “construir”, preservando los valores.

5. Desde luego, no son imposibles, porque existen, al menos parcialmente, en varios países europeos, incluido el nuestro. No serán fáciles, pero son necesarias para poder ganar a la derecha, no sólo en el acceso al Gobierno, sino en las ideas y en las políticas. Serán imprescindibles para apoyar a los movimientos sociales y reconstruir un modelo social, para dar vida a un nuevo modelo productivo y frenar a la ultraderecha.

Antonio González

Vicepresidente de Economistas Frente a la Crisis

1. A nivel europeo, los problemas se entrelazan estrechamente con el proyecto de integración europea. La Unión es esencialmente un mercado, y una moneda para los países del euro, pero cualquier otra forma de integración ha quedado paralizada, prácticamente sin perspectivas de desarrollo. Si no se completa la integración con una Unión Social que complemente y equilibre el mercado, el proyecto europeo no sobrevivirá.

Por otro lado, la política económica de la eurozona, que es la parte donde se ha creado una unión económica y monetaria, está basada en concepciones conservadoras profundamente equivocadas, basadas en la austeridad y la depresión salarial, que no son puestas en cuestión por los Gobiernos y los partidos de izquierda. La gobernanza económica se dirige exclusivamente a mantener esta orientación.

La izquierda ha de tener un proyecto para Europa alternativo al de la derecha, del que hoy carece. Han de construirse a nivel europeo los contrapesos al mercado que estableció hace décadas la socialdemocracia: impuestos armonizados, suficientes y progresivos, prestaciones sociales y gasto público redistributivo, pleno empleo sin precariedad y el desarrollo de unas relaciones laborales equilibradas a nivel europeo. En suma, reducir la desigualdad y situar a los ciudadanos en el corazón de la construcción europea. Sin ello, la izquierda continuará fracasando y no sobrevivirá el proyecto europeo.

2. Ambas cosas van unidas. No es suficiente tener solo una de ellas. Los casos de Blair y de Schroeder fueron buenos ejemplos. Tal vez se sabe menos que las reformas de este último han llevado a los parados alemanes al primer puesto de Europa en tasas de pobreza en situaciones de desempleo. O que una parte importante de los pensionistas han de trabajar hasta el final de su vida porque la pensión es insuficiente (la tasa de pobreza de los mayores es mayor que en España). Todo ello para forzar a la gente a aceptar subempleos (mini jobs) que han creado el mercado laboral más "dualizado" de Europa. Mientras los impuestos se bajaban hasta alcanzar niveles inferiores a la media europea.



Hay casos en los que líderes de la izquierda han realizado políticas tan nefastas como las que conocemos de la derecha. La izquierda necesita buenos líderes, inteligentes, capaces, pero que crean que el desafío está en hacer políticas de izquierda.

3. La derecha no aplica políticas nuevas. Aplica las mismas, a veces con un envoltorio o lenguaje nuevo. Los ciudadanos han percibido que la izquierda no cuestiona esas políticas que les hacen sufrir, que les empobrecen y que la mayoría de las veces no tiene voz propia a nivel europeo. La indiferenciación con la derecha y la falta de proyecto propio son los mayores problemas.

La izquierda ha de tener un proyecto para Europa alternativo al de la derecha, del que hoy carece. Han de construirse los contrapesos al mercado que estableció hace décadas la socialdemocracia: impuestos armonizados, suficientes y progresivos, prestaciones sociales y gasto público redistributivo, pleno empleo sin precariedad, y desarrollo de unas relaciones laborales equilibradas.

4. Uno tras otro, los mitos de la política económica conservadora durante la crisis caen: el daño de las políticas de austeridad, las consecuencias de las devaluaciones salariales, etc. Pero la socialdemocracia no asume esos fracasos para incorporarlos a una política económica alternativa. El ciudadano no percibe las opciones: en el ECOFIN no hay diferencias perceptibles entre los ministros socialdemócratas y conservadores. Esto tiene que cambiar para poder recuperar el espacio que ahora detenta la derecha. Para ganar ese espacio, hay que enfrentarse a la derecha.

5. Serán difíciles, pero son imprescindibles. Ha de construirse un proyecto progresista para avanzar en la integración europea desde la izquierda y para que sea operativo y viable ha de poder ser compartido por fuerzas

de un conjunto de partidos de todo el espectro de la izquierda, y de un número de países suficiente para disponer de la capacidad de influir de forma decisiva en la construcción europea. Si no hay unión de fuerzas, no habrá avances.

Álvaro Frutos Rosado

Abogado y Consultor

1. El mayor problema que sufre la izquierda es no haber sabido interiorizar las consecuencias de un mundo globalizado en su proyecto. El pensamiento y la práctica política liberal conservadora han tenido el viento a favor. La socialdemocracia tenía un proyecto político para un Estado-Nación y como mucho una voluntad de coordinar políticas en el ámbito europeo. Cuando las fronteras se difuminan y el mundo se convierte básicamente en un gran mercado las respuestas tradicionales no valen. Para encontrar su papel de futuro tiene, en primer lugar, que ser capaz de tomar conciencia de las profundas transformaciones que se han producido y que no han hecho desaparecer la injusticia, la desigualdad y la quiebra de derechos, sino todo lo contrario, el desequilibrio ha aumentado.

2. Todo suma. El liderazgo ha viajado de la política a otros escenarios más lucrativos. A los liderazgos que han emergido, más que faltarles claridad, les sobra mediocridad, medianía. Paralelamente, la sociedad está más capacitada para saber lo que quiere y por ello no se queda con cualquier cosa. Por otro lado, la socialdemocracia se ha limitado en las últimas dos décadas a ser mera gestora del capitalismo, ha considerado que el llamado Estado de Bienestar era un fin en sí mismo y ha ido perdiendo su capacidad transformadora de la realidad. Frente al inmovilismo ideológico y programático, la sociedad ha ido evolucionando y las nuevas tecnologías de la comunicación han acelerado ese proceso y la izquierda la ha dejado ayuna de nuevos paradigmas políticos a los que acogerse.

3. Repensarse, rescribirse, volver a encontrar de nuevo su identidad y la capacidad de ilusionar a los ciudadanos en las posibilidades de transformación e innovación de la política. Ello no es una tarea fácil,



pues tiene que salir del estado de complacencia en la que lleva vegetando mucho tiempo. Además, sin duda debe reforzarse ética y moralmente dejando de hacer la vista gorda con comportamientos y actitudes rechazables en la cultura política de la izquierda y que ha dejado que crezcan en su seno.

4. Sí, si se esfuerza en ello sin duda. Ahora bien, si alguien piensa que eso se puede producir por designio divino o siguiendo el mismo camino que hasta ahora, la respuesta es rotundamente no. No puede seguir definiéndose la izquierda política como lo contrario a la derecha.

La socialdemocracia se ha limitado en las últimas dos décadas a ser mera gestora del capitalismo, ha considerado que el llamado Estado de Bienestar era un fin en sí mismo y ha ido perdiendo su capacidad transformadora de la realidad.

5. Imprescindible. La pluralidad en la izquierda es más una apariencia temporal que una realidad sociológica, si consideramos proyectos que aspiran a ser mayoritarios. Si hay distintas visiones del papel que deben jugar los partidos de izquierda en las sociedades occidentales, pero sin lugar a dudas una gran mayoría social se identifica con lo que se ha denominado socialdemocracia. Esa mayoría es la gran fuerza para el cambio, pero si a esa mayoría se la decepciona cuando se gobierna, los votantes buscan refugio en otros lugares. Además, si a la mayoría se le ofrece transitar por un terreno confuso, incierto y en muchos casos contradictorio prefiere no caminar por esa senda, eso es lo que está pasando a la izquierda europea.